

FEIFFER

UN BAILE EN HONOR DE 1972



EN ESTE BAILE CELEBRARÉ LA VIEJA VIRTUD AMERICANA DE



¡GANAR!



GANAR LA GUERRA CONTRA EL VIETNAM



GANAR LA GUERRA CONTRA LA ECONOMÍA



GANAR LA GUERRA CONTRA LOS DEMÓCRATAS



GANAR LA GUERRA CONTRA...



MI MISMO.



La Capilla siXtina

LOS INTELLECTUALES

Una de las noticias que más me han interesado en referencia a todo el asunto de Bengala es el hallazgo posbélico de los cadáveres mutilados de ciento cincuenta intelectuales. El ejército pakistani perdió la guerra, pero se cobró el tributo de ciento cincuenta intelectuales que algún servicio habrían prestado a la futura nación bengalí. He pensado que tal vez les mataron por eso: para impedir que sirvieran para algo. Pero pronto he desechado esta presunción. Más que una programación de futuro, el exterminio de los ciento cincuenta intelectuales ha sido un ajuste de cuentas con el pasado.

Curioso animal el intelectual. Se pasa casi toda la vida intentando entender lo que le rodea, y a veces, cuando ya sabe algunas cosas, trata de modificar la realidad que ha aprehendido. A partir de ese momento corre distintos riesgos: desde el ser desheredado, hasta el ser mutilado y asesinado. No dirán que no es un oficio tonto. Yo comprendería la función del intelectual de salón o del intelectual de relevancia social. A ése casi nunca le pasa nada. Es lo suficientemente cíncico como para asegurarse bazas en el infierno, pero sin asomarse demasiado a las ventanas del cielo. No hace falta asomarse demasiado para entregar de vez en cuando algún bocadillo de jamón a un obrero cesante o para poner una firmita pidiendo que el coste de vida, en lugar de subir un 10 por 100 anual, sólo suba un 7 por 100. Estas cosas siempre se agradecen en el infierno, y uno jamás puede decir: «De ese agua no beberé». Hay intelectuales listos, en suma, e intelectuales tontos.

No es que yo apoye la matanza de esos cerebros bengalíes. Pero también me planteo: «¿Y quién les había mandado meterse en camisa de once varas?». Si no les gustaba el dominio pakistani, con marcharse con una beca al extranjero o con irse al cercano Tibet en viaje de meditación les bastaba. Pero en vez de tomar esta sana actitud, se dedicaron a divulgar ideas. ¡Ideas! ¿Cómo pueden permitirse los intelectuales divulgar ideas cuando el ejército de ocupación pakistani tenía ametralladoras? «Bueno —puede decirnos uno que no esté muy metido en el asunto—, ¿y qué daño les hacían a los pakistaníes las ideas?». No hay que ser ingenuos. Las ideas metidas en un cerebro o en los cerebros de uno en uno no tienen

apenas valor. El valor de las ideas consiste en su potencial energético cuando se encarnan en las masas. No es que crea en la especialización del pensar. Pero tal como está organizada la sociedad en casi todo el mundo, sí existe todavía un oficio. Incluso una técnica, de clarificación de las ideas personales y comunitarias. Ese peligroso oficio está en poder de los intelectuales. Y, sobre todo, está en su poder la técnica de la divulgación y de la persuasión.

Yo, de los pakistaníes habría hecho lo mismo. Tenían ahí encerrados a esos ciento cincuenta diótricos intelectuales, quien más quien menos con la musculatura hecha polvo por la vida sedentaria y con esa torpe obstinación un tanto boba con que miran las ratas de biblioteca. Para cualquier espíritu sano resultaría irritante la contemplación de aquellos ciento cincuenta cuerpos sin ninguna fuerza, incluso grotescamente maniados, y, sin embargo, encarnación misma de unas ideas que habían provocado un fracaso militar y político evidentes.

Es como para enfadarse.

Posiblemente se lo pensaron. O tal vez no. Tal vez echaron de culata como quien echa de escoba, y en un tris-trás hacendoso y técnico descubrieron la maravilla de aquellas impertinentes cajas craneanas crujientes, abiertas, llenas de pulpas innobles como las mismas ideas que allí habían vivido. ¡Qué «relax»! ¡Qué «relax» contemplar después los cadáveres de ciento cincuenta cretinos que habían desestimado un destino de académicos de la Lengua Pakistano-Oriental o de intocables embajadores en las capitales de las Democracias Formales y Culturalizadas!

Yo les puedo asegurar que a cualquier cerebro en sus cabales se le habría ocurrido una operación de limpieza semejante. Y que en estos momentos, desde el jeque Mujibur Rahman hasta la señora Nehru o el neonato Ali Bhutto, en el fondo del fondo, se sienten aliviados por una solución tan simple y limpia. ¿Quién podía garantizar la fidelidad de aquellos ciento cincuenta ensobrecidos? ¿Quién podía asegurar que se habrían conformado con detener su siniestra máquina de ideas a aquella hora, precisamente a aquella hora en punto en la que los políticos y los guerreros acordaron parar el Sol y dejar para mañana las respuestas humanas demasiado totales?

SIXTO CAMARA